

# ANTIQUARIA

REVISTA LITERARIA, ARTISTICA Y DE INTERESES GENERALES

Se publica : : :  
los días 1.º y 15 de cada mes.  
Redacción y administración:  
: : : CALZADA, 6 : : :

DIRECTOR

Agustín González Moreno

PRECIOS DE SUSCRIPCION:

Antequera, trimestre 1'00 ptas.  
Fuera " 1'25 "

## HACIA OTRA ANTEQUERA

### HABLAN LOS NUMEROS

Vamos a tratar en este artículo del censo de la población. En cierto modo pudiéramos decir que nos ha sido pisado el asunto por un colega, *La Unión Liberal*, porque añejo en nuestra intención el propósito de traer el tema a estas columnas, se nos ha anticipado el citado semanario; pero no renunciaremos a echar nuestro cuarto a espadas en la cuestión, que es por demás interesante.

Según los datos que poseemos, la población de derecho de Antequera es de cerca de treinta y tres mil habitantes. Esta es una de las muchas ficciones legales que aquí usurpan el puesto a la realidad: pero ficción en este caso altamente nociva para los intereses antequeranos y que acusa un ridículo indiferentismo, porque si el aparentar lo que no se es suele, en determinados casos, acarrear solo el ridículo, cuando el mantener tales apariencias cuesta el dinero en gran cantidad, con ventaja solamente para escasísimos intereses particulares, es ser contumaz en la tontería, consentir y persistir en la ficción.

Hablarán los números y ellos dirán con su fuerza aplastante si debemos seguir consintiendo que Antequera pase por ser población de 33,000 habitantes.

Datos comerciales del año 1914 que hemos consultado acusan una población de 28,000; ni creémos que desde dicha fecha haya aumentado aquella, ni creémos tampoco que tal cifra sea exacta. Nos parece—y son muchos los que nos acompañan en la opinión—que está muy por encima de la realidad. Resulta pues una mentira, más que probable, lo de las 33.000 almas.

Pero aunque sea una mentira más que probable, no queremos hacer notar lo que en el aspecto moral esa mentira, solo por serlo, significa. Creémos que la ética pública no ha de resentirse grandemente por ello.

Uno de los aspectos de la cuestión—que como todas tiene muchas caras—es el que hasta el presente hemos podido estudiar con algún detenimiento

y solo de él pretendemos hablar por ahora a nuestros lectores. Es el que tiene relación con la contribución industrial.

Y resulta que por esa ficción legal de las 33,000 almas, la Antequera industrial se encuentra equiparada a muchas capitales de provincia de segundo orden, más exactamente, *sobre tres capitales de segundo orden y sobre todas las de tercer orden*. Es decir que las tarifas 1.ª y 4.ª de la contribución industrial, que están reguladas para el tributo por bases de población, colocan a Antequera *por encima de veinte y nueve capitales de provincia españolas*.

Concedemos, y concederá cualquiera que haya visitado esta plaza, que Antequera tenga más importancia en número de habitantes que muchas capitales de España, pero ¿más que Oviedo, que Jaén, que Albacete, que Huelva, que Badajoz, que Logroño, que Pontevedra, que Segovia, que León, que Salamanca, que Santa Cruz de Tenerife, que Cáceres y que Orense? Pues este es el hecho cierto. Porque en las tarifas que tienen por base el número de habitantes están clasificadas las poblaciones por los siguientes apartados: de 1,000 a 16,000; de 16,000 a 20,000; de 20,000 a 30,000; de 30,000 a 40,000 y de esta cifra en adelante, y Antequera por estar comprendida en la casilla de de 30,000 a 40,000 se codea con muchas capitales de segundo orden y descuella por encima de todas las de tercero.

¿Qué antequerano que haya saludado siquiera la geografía política puede prestar su aquiescencia á este absurdo, muy legal pero muy absurdo?

Pero descendamos al detalle del estudio de esas tarifas y saquemos las enseñanzas que encierra.

Todas las industrias comprendidas en la tarifa 1.ª, que se regula por bases de población, tributan, término medio, en poblaciones de más de 30,000 habitantes el 12'84 % más que las de menos de 30,000.

Todas las industrias comprendidas en la tarifa

4.<sup>a</sup>, que así mismo se regulan por bases de población, tributan, término medio, el 12'43 % más en las de 30,000 habitantes que en las de menos de 30,000

En la tarifa segunda hay ciertas industrias que también tributan por bases de población y entre ellas existen algunas que de ser la población de más de 30,000 a ser de menos tienen que soportar los siguientes aumentos: agencias de pompas funebres, el 105 %; remitentes y exportadores por mayor, el 12'66 %; acaparadores de cereales el 23'80 %; acaparadores de caldos y frutas, el 23'91 %; empresarios de espectáculos taurinos, el 48'85 %.

Las patentes de médicos, tarifa 4.<sup>a</sup>, sufren un aumento de 44'37 %. Los industriales comprendidos en la sección de artes y oficios de la misma tarifa pagan el 14'86 % más. *Et sic de coeteris....*

Trayendo todas estas cifras al término medio acusa un aumento de 21' % , que creemos que no es muy despreciable.

Pero hay más. Todos estos aumentos se refieren a las cuotas directas para el Tesoro; ahora hay que añadir el 16 % de recargo municipal sobre esos tantos por ciento, que también constituye una cantidad respetable.

Y hay más aún. Por la ley de desgravación de vinos se autorizó a los Ayuntamientos de las poblaciones de más de 30,000 habitantes a recargar en todas las tarifas industriales sobre la cuota del Tesoro, el 40 % en vez del 16 % recargado en las demás poblaciones.

Estos son expuestos muy a la ligera, datos ciertos, fehacientes, incontrovertibles, que cualquiera que sepa leer y conozca las cuatro reglas puede comprobar cuando guste. Por tres o cuatro pesetas que vale un libro y con dos o tres horas de estudio puede cualquier industrial antequerano darse el gusto de saber que de cada mil pesetas que paga al Estado de contribución, puede ahorrarse lo menos doscientas que seguramente le harán falta para aplicarlas al negocio que le dá de comer.

Y mirando la medalla por el reverso, ese mismo industrial, puede advertir mediante un cuarto de hora de reflexión, que por su culpa, por su máxima culpa, sumada y añadida a la culpa de todos sus demás colegas, está pagando esas doscientas pesetas más; doscientas pesetas que sumadas a otras doscientas que paga el vecino de enfrente y otras tantas del vecino de al lado y otras doscientas, cien veces más, que pagan sus demás vecinos componen un respetabilísimo montón de pesetas que cada año se entregan al Tesoro sin beneficio particular para nadie y con evidente, palpable perjuicio para todos.

Y este, como queda dicho, no es más que uno

solo de los aspectos de esta cuestión, acaso el menos importante, porque además del que hemos expuesto muy someramente existen multitud de tributos que crecen en proporción al número de habitantes. Sobre ellos procuraremos documentarnos un poco y pondremos ante los ojos de los antequeranos en cifras claras, concretas, la prueba de lo que en este orden de cosas perjudica a sus intereses esa inconcebible apatía rayana con la estulticia, que es nuestra característica.

Más a fuer de imparciales hemos de hacer patentes también las ventajas que nos reporta el estar conceptuada Antequera como pueblo de 33,000 habitantes. Una de ellas es la de poder darnos por ahí fuera, cierto tono, cuando alguien pretenda hablar de nosotros despectivamente—¿Antequera?—dirémos en tono enfático—Quite V. allá, hombre, que no sabe lo que se dice. ¡Si Antequera es una capital! ¡Si tiene treinta y tantas mil almas!

Y si esta ventaja nos pareciera de poco fuste, otra tenemos a la mano que es punto menos que admirable; y es que merced a nuestra capitalidad nos concede la ley el derecho de tener uno, dos, tres o cuatro—no estamos seguros del número—concejales más de los que en realidad nos corresponden. ¿Y negaréis las delicias económicas que puede proporcionarnos el contar con uno, dos, tres o cuatro señores más, que desinteresadamente dediquen toda su actividad, competencia y celo a la administración de nuestros intereses públicos?

Y ahora, abandonando el tono jocoso, diremos que si en asunto de tanta monta queremos conseguir algo práctico y beneficioso, es indispensable que todos los antequeranos a quienes perjudica la ficción legal de los 33,000 habitantes deben unirse para hacer que desaparezca y sea sustituida por la realidad. Pero los principalmente obligados a iniciar las gestiones son los representantes que en el Ayuntamiento tiene el pueblo; esos son los que, dando de lado a vanos y siempre perjudiciales clamoreos de política de a perro chico, deben empezar por hacer un censo que sea verdad; un censo que no sea tapadera legal de unos cuantos sueldos de otro modo injustificables; un censo que no sirva solo para colmar urnas electorales con nombres que ya no existen; un censo que llene la primera necesidad que en Antequera está al descubierto y es la de saber cuantos somos, que es lo menos que en una casa, en un municipio, en una nación que haya orden económico debe saberse. Y si despues este censo real, verdadero, necesita para ser aprobado del apoyo del pueblo entero, el pueblo entero sabrá prestarlo si es un pueblo consciente de su deber y de su derecho.

Más tememos que nuestra voz, feble y sin eco, sea como la del que clama en el desierto.

# NUESTRAS TRADUCCIONES

## PARA LLEGAR

Alberto, *cuarenta y cinco años, ya canoso.*

Dionisio, *treinta años y... buena dentadura.*

Alberto. Sí, ciertamente, tú tienes talento, mucho talento.

Dionisio.—Más todavía.

Alberto.—Pero también has tenido una suerte loca, una suerte fenomenal.

Dionisio.—No.

Alberto.—Vamos hombre! Todo te ha servido, todo te ha aprovechado. Hasta tus defectos.

Dionisio.—Porque he sabido sacar partido de todo. Yo soy el propio artífice de mi gloria. Mi situación es soberbia, en efecto; soy uno de los cinco novelistas más notables de nuestro tiempo.

Alberto.—Quienes son los otros?

Dionisio.—No puede precisarse... Pero yo tengo el gusto de verme en el pináculo; que en el pináculo estoy yo, en esto no hay error...

Alberto.—Y permaneces.

Dionisio.—...Sin embargo en el fondo yo no he tenido suerte.

Alberto.—Oh!

Dionisio.—No, hombre, nó. Yo he tenido que crear mi suerte, que apresarla.

Alberto.—Finalmente, ¿la has tenido?

Dionisio.—Gracias a mi trabajo! Pero no la tenía de nacimiento. Yo he tornado buena mi mala estrella.

Alberto.—Y que has hecho?

Dionisio.—Voy a decírtelo, aunque seas mi amigo y mi compañero y además—sin que yo quiera de ninguna manera molestarte con mis palabras—porque ya no puedes perjudicarme. Pues bien, para llegar, fíjate, son precisas dos cosas. Primera tener talento.

Alberto.—Mucho?

Dionisio.—No demasiado.

Alberto.—Sin embargo...

Dionisio.—No. Demasiado, estorba. No debe cargarse al soldado en campaña. Sin duda es necesario talento, un talentito fácil de manejar... de conducir. Una vez que se tiene esto...

Alberto.—Eso es lo principal?

Dionisio.—Eso no es nada. Todo está por hacer. Hoy no pesa mucho el talento. Todo el mundo lo tiene. No basta, pues, solo con este don para subir. Se puede reventar, volverse loco fracasado o ministro, pero no hacer carrera si uno no tiene otra cosa además del talento.

Alberto.—Cual es la añadidura necesaria?

Dionisio.—Los medios.

Alberto.—Y cuales son?

Dionisio.—De todas clases: yo podría resumirlos, no obstante, en estas tres palabras: *No descuidar nada*. Comprendes bien esto? No descuidar nada. Nada.

Alberto.—Explicate. Diluye.

Dionisio.—Si yo me hallo en el pináculo, como antes te decía, es por haberme conformado a este programa estrictamente. ¿Me escuchas, amigo Alberto? ¿Tu lees los diarios de la mañana?

Alberto.—Sí.

Dionisio.—Cuántos?

Alberto.—Dos.

Dionisio.—Irrisorio. Yo leo seis. Pero desde mi punto de vista, solo desde mi punto de vista personal. Veo si hay algún hombre célebre enfermo o moribundo. Leo las ausencias, los viajes y veraneos, los *carnets* mundanos, los ecos de teatros, las bodas y los entierros. Y abordo aquí una cuestión de importancia capital: la de los casamientos y entierros. El hombre que desea llegar debe asistir a todos los entierros y a todas las bodas, a todos, sin excepción! Cuanto me ha fastidiado antes esto, ¡Señor! pero no salí una sola vez de una sacristía o de una casa mortuoria, sin que hubiera de felicitarme, sin que encontrara mi granito aprovechable. Todos mis buenos negocios, de gloria, de dinero y hasta de amor se esbozaron o se enredaron allí. Es verdad que en esas ceremonias se encuentran las gentes necesarias para todo, y los entremetedores de ambos sexos. Y yo he llegado a notar una cosa; mira... los entierros, sobre todo son una mina. Es muy raro que uno se arrepienta de haber ido a una casa mortuoria. A mi los funerales me han hecho un bien asombroso. Por haberme encontrado en la cremación del padre de la querida de mi redactor en jefe he sido condecorado este año. Ya te contaré esto un día despacio durante una misa de novios.

Alberto.—Y tu vas con regularidad a todas esas ceremonias?

Dionisio.—Ya lo creo! Antes me quedaría sin comer.

Alberto.—Oye, y cuando tienes un casamiento y un entierro para la misma hora como te arreglas?

Dionisio.—Hago reventar los caballos de los coches que tomo.

Alberto.—Y cuando son a los dos extremos de París?

Dionisio.—Sacrifico uno. Que quieres que haga?



Alberto.—Cual?

Dionisio.—Siempre el casamiento.

Alberto.—Decididamente, tienes debilidad por las exequias.

Dionisio.—Eso primero. Y después la verdadera razón que es esta. Se puede siempre, en rigor, desquitarse más tarde y acudir al entierro de la persona que se casa; mientras que el muerto... ha terminado...

Alberto.—Sí, evidentemente, no es posible reservarse para su matrimonio. Continúa. No puedes imaginarte los horizontes que me abres.

Dionisio.—Confiesa que principias ahora a ver la vida desde su verdadero punto de vista.

Alberto.—Sigue. Sigue.

Dionisio.—Para no olvidar nada, es preciso también escribir, escribir mucho, sin tregua ni descanso.

Alberto.—Naturalmente puesto que lo dá el oficio.

Dionisio.—No es eso, hombre, no; quiero yo decir, escribir cartas, billetitos, cuatro palabras en una tarjeta de visita.

Alberto.—A quien?

Dionisio.—A todo el mundo.

Alberto.—Con preferencia, por supuesto de las gentes útiles, influyentes...

Dionisio.—El último que llega puede ser útil a su hora un día u otro. No debe desdenarse a nadie. Me he pasado la vida escribiendo; pero seguramente he producido más correspondencia cotidiana que libros propiamente dichos. Mis cartas son mi verdadero bagaje literario.

Alberto.—Habrás sus límites sin embargo?

Dionisio.—Nó. Yo escribo para todo. A los que son condecorados les escribo siempre la víspera—en París esto es fácil saberlo con anticipación—: «Querido señor, o querido amigo, quiero ser el primero que, etc. etc.» Escribo a todos los que veo que les sucede algo agradable, sea lo que sea, nombramientos oficiales, misiones, comisiones, honores, medallas, premios académicos, etc. ¡Paf una felicitación! Escribo igualmente a todos los que penan de una manera o de otra... duelos, reveses, disgustos, trapisondas, desgracias... Cartas difíciles, delicadas, pero que es preciso hacerlas, acudir a el alma del herido... que os queda reconocido si no para siempre, a lo menos durante algún tiempo. Si durante este pequeño lapso de gratitud hace el destino que tengas necesidad del individuo, puedes estar seguro de que le encontrarás.

Alberto.—Y si por el contrario no encuentro al individuo a pesar de mi billetito tan sentido ¿habré perdido mi tiempo?

Dionisio.—Tampoco. Te queda la lamentación. Has adquirido el derecho de perjudicarlo,

Alberto.—Perfecto!

Dionisio.—Escribo a todos los críticos, tanto a los que me elogian como a los que me censuran. Sobre todo a estos.

Alberto.—Son los más numerosos?

Dionisio.—Cuando hago aparecer en los diarios un eco sobre mí, lo doy siempre inexacto.

Alberto.—???

Dionisio.—Con el fin de poder rectificar al día siguiente. Basta con que siquiera me nombren en una gacetilla de cualquier papelucho absurdo, para que yo responda con una carta de a plana.

Alberto.—Y cuando recibes libros que haces?

Dionisio.—Oh! para los libros escribo tres veces.

Alberto.—¿Por cada uno?

Dionisio.—Sí. Escribo primero el día mismo que recibo el paquete: «He recibido... gracias, voy a leer!...» Dejo transcurrir el tiempo moral necesario. Aquel señor piensa que es una broma y que no le leeré jamás, cuando de pronto recibe una nueva carta en que le digo: «No he terminado todavía, pero leo, leo.» Y ocho días después, la última al corintiano: «He leído ese delicado... ese admirable... etc. etc.» Estas tres cartas sucesivas, sabiamente asestadas sobre el amor propio de mi querido compañero... no puedes tu figurarte el amigo que me crean. Solo a fuerza de encontrar sin descanso genio a todos mis camaradas he logrado que me reconozcan cierto talento...

Alberto.—A lo menos buen gusto.

Dionisio.—Sí, ¿A quien escribo todavía? ¡caramba! Dejame recordar. A los desconocidos machos y hembras que me piden «dos líneas de mi puño y letra». También escribo a los que acaban de pronunciar un discurso, a los que se han librado de un accidente, a los que han tenido un desafío, a los que han ganado un proceso... Soy también... también lo que se llama un simpático.

Alberto.—El gran simpático.

Dionisio.—No descuidar nada comprende igualmente salir, frecuantar el mundo, y todas las noches, hablar, ir y venir, caracolear, inclinarse, besar los dedos, lanzar miradas, murmurar al oído, ofrecer el brazo, decir una bella poesía, un acertijo, charlar de pintura y de moral, aplaudir la música, tomar un trago de naranjada y marcharse pronto y como con pena.

Alberto.—Oye, y puede uno propasarse?

Dionisio.—Es preciso. Es el deber.

Alberto.—Muy peligroso!

Dionisio.—No. A condición, claro está, que no sea delante de los hombres, mientras que con ellas solas no hay inconveniente. Incluso se puede ser canibal.

Alberto.—Pero el caso es que ellas lo cuentan.

Dionisio.—Como se las cree tan capaces de inventar, eso no tiene consecuencias ningunas. Recibo también a los periodistas, y sufro sus interrogatorios, a cualquier hora del día o de la noche y sobre el asunto que les dá la gana, sea la cuestión china o la exportación de los cereales. Mi divisa es: «No descontentar a nadie». En fin, para no cansarte, paso en silencio las mil cosillas de mundología en que—lo digo sin frases—he llegado a ser verdadero maestro.

Alberto.—Te creo... Y... desde el punto de vista especial de la Academia?

Dionisio.—*Grave, con un dedo en los labios.*

—Oh!.. eso.. hijo mio, para nosotros es nuestra Alsacia.

Alberto.—Hay que pensar siempre en ello.

Dionisio.—Y no hablar jamás. O a lo menos... hasta el día siguiente. Lárgate, hombre; tengo que escribir.

*Enrique Lavedán.*

*Versión del francés por*

*José M.<sup>a</sup> Fernández*

## DEL CARNAVAL

# LA FUERZA DE LAS COSAS

—¡Qué animación! ¡Cuanta gente!..

Sí ¡cuantos bárbaros! ¡Menudo empujón que me han metido en este costado! Pues y mis botas cómo me las han puesto! Todos estos cafres me han dejado en ellas el sello de sus pezuñas. Esto no es animación, es explosión de grosería. Vámonos de aquí, apartémonos a la acera, a ver si logramos una silla a la puerta de un café.

—Como quieras; allá puede que nos coloquemos bien; pero yo preferiría zarandearme aquí; estoy ébrio de gusto; me encanta el gentío. Y luego, este sol!..

—Magnífico sol, que no se como se digna iluminar a la piara humana.

—¡Cuela por aquí! ¡Aprisa! Hemos conquistado la acera. A ver!.. ¡Atrapa esa silla! ¡Duro!.. ¡Sobervio! La mia se la birlé a esa hembra ¡Que gantería ni qué ocho cuartos!.. Lo que ya va a ser imposible es apoderarse de un mozo que nos sirva algún brebaje. Tengo abrasado el esófago.

Todavía vamos también nosotros a enmascararnos. ¿No te contagias?

—En verdad, es para contagiarse viendo la facha de aquel invertido. Apostaría a que ha buscado adrede las enaguas más sucias de su mujer para difrazarse.

—Hombre... eso tiene la mar de gracia. No lejos andará su mujer aderezada con los pantalones de él.

—¡Que lástima que los animales no pudieran trocar su piel por la vestimenta del hombre! Me gustaría ver a algunos mozos trajeados de mulos. Mira aquel que viene para acá cargado de cencerros. Ha hecho lo que ha podido para trocarse en

bestia. ¡Bravo! ¡Con qué primor berrea! Esto me va entusiasmando.

—¡Eh! ¡eh!.. ¡Oiga, mozo! Sirvanos pronto dos de manzanilla.

—¿Dos? Yo no quiero vino, si acaso una gaseosa.

—No, señor. Permíteme... nada etéreo has de beber. Manzanilla para curarte la misantropía. He dicho, mozo: ¡dos de manzanilla! Espere: y una anca *di femina*.

—¿Como dice V.?

—Eso; nada; marcha pronto.

—¿Te parece que repitamos?

—¡Chico! ¿te has vuelto loco? Van cinco ya en menos de diez minutos. ¡Si tendré yo, al fin, que predicar continencia!..

—La verdad sea dicha, no está el tiempo para eutrapelias.

—Si es lo que yo digo: hay que barbarizar de vez en cuando para darle gusto al *otro* que todos llevamos en la raíz del ser, a la inversa de lo que aconsejaba aquel gran ideólogo, Plauton, cuando decía que había que mitologizar.

—¡Rica manzanilla! ¿No habría por ahí dos cabezas de burro en alquiler?

—¡El contagio! ¡el contagio! Vamos a buscarlas. Yo te cedo la que tenga más largas las orejas.

—¡Sus!.. ¡A difrazarnos se ha dicho!

—¡Hale! Seamos sinceros alguna vez. Saquemos, por hoy al menos, la oreja que permanece invisible el resto del año... Y también la pezuña hendida del sátiro. ¡Hale!

*José González Muñoz.*

# LAS PALABRAS Y LAS REALIDADES

Yo no sé si el lector habrá oído alguna vez hablar de la yegua de Rolando. Por sí de ella nunca nada le dijeron, me voy a permitir darle algunas noticias suscintas. Era un animal admirable. Tenía la piel fina y lustrosa, la crin rizada, la sangre pura y pertenecía a una raza de extraordinario vigor. No tenía nada más que un defecto: que estaba muerta.

Don Francisco Silvela, ha comparado en más de una ocasión a las leyes de España con la yegua de Rolando. Las leyes de España según él, son admirables y en algunos puntos perfectas. En ellas están previstos minuciosamente todos los casos y las más mínimas circunstancias que puedan influir en la modalidad del hecho delictivo. Pero tienen un gran defecto: que no se cumplen, ni se han cumplido nunca.

Hace unos días he terminado de leer las «Ordenanzas municipales» de Antequera. Al doblar la última página he pensado en la yegua de Rolando. Porque estas «Ordenanzas» están muy bien hechas. Pero tienen el defecto de que ni se cumplen, ni se han cumplido nunca y es muy fácil que no se cumplan jamás. Puede decirse, sin miedo a errar, con respecto a sus disposiciones, que la regla general es que no se cumplan.

La verdad es que hacer unas «Ordenanzas municipales» de esas de las que se puede decir que están muy bien hechas, no es muy difícil. Basta para ello reunir una seleccionada colección de las hechas por otros Ayuntamientos, empuñar las tijeras y esto quiero y esto no quiero se recorta lo que nos place, se pegan unos detrás de otros los recortes y hemos terminado. Esto es lo que se hizo, en parte al menos, para confeccionar nuestras «Ordenanzas», según se dice en la exposición dirigida al Ayuntamiento, que las precede. Unas «Ordenanzas» hechas así, no tienen más inconveniente que este: que no se cumplan y que no será posible cumplirlas.

Lo difícil es hacer unas «Ordenanzas» que se puedan cumplir. Y claro es que unas «Ordenanzas» deben tener la cualidad de que se puedan cumplir. Tener unas «Ordenanzas» para regodearse diciendo que son muy bonitas, es posible que halague nuestra vanidad de ciudadanos antequeranos; pero vale más el trabajo empleado en hacerlas que la satisfacción de esa pequeña vanidad.

Las «Ordenanzas municipales» de Antequera no solo no se cumplen ni se pueden cumplir, sino que algunos de sus artículos han sido redactados a sabiendas de que eran inaplicables..... por ahora. "Ante esta halagüeña perspectiva he creído oportuno incluir en este proyecto algunos preceptos referentes a la policía de seguridad sanitaria y de

construcciones que tal vez carezcan de aplicación práctica en el presente, pero que persistiendo el Ayuntamiento de Antequera en el camino de regeneración emprendido, han de tenerla seguramente en el porvenir". Así se dice en la exposición que el autor del proyecto dirige al Ayuntamiento. Se cavó el hoyo antes de que el enfermo se muriera. Olvidando que las «Ordenanzas» son para las necesidades municipales y no que las necesidades hayan de adaptarse a las «Ordenanzas». Y que lo que hoy nos parece excelente para satisfacer una necesidad, puede ser malo a los pocos años.

Al mismo tiempo que las «Ordenanzas municipales» de Antequera, he leído un libro de un gran educador español, muerto ya, en el que se recopilan varios ensayos sobre diversos asuntos, referentes todos al tema unitario de la Universidad de España. Entre ellos hay uno acerca de los estudios de Derecho. El lector creerá que esto nada tiene que ver con lo apuntado más arriba. Yo le ruego sin embargo, que me otorgue la merced de continuar leyendome y ya verá como se casa lo uno con lo otro.

Cuando la enseñanza era seca, árida y soporífera, de la Facultad de Derecho le vino la regeneración a la Universidad, porque ella renovó la doctrina, los métodos científicos y las relaciones entre maestros y discípulos. Sus catedráticos eran hombres inteligentes, cultos y elocuentes. El ejemplo de la Facultad de Derecho no fué perdido para las demás Facultades. Todas poco a poco fueron entrando por el nuevo camino.

Pero la labor de la Facultad de Derecho era más brillante que profunda. Y en la exageración de sus procedimientos, el culto de la verdad ha sido sustituido por el culto de la palabra. Por eso más que científicos, formó oradores.

Cuando ha llegado la época de los métodos realistas y de indagación personal, la Facultad de Derecho no ha marchado, como fué antes, a la cabeza de la Universidad. Los nuevos métodos han sido adoptados ya en todas las Ciencias: Filosofía, Matemáticas, Literatura, Medicina, etc. En Derecho, nó. Y esto no ha pasado solamente en España, sino también en las más afamadas escuelas de Europa.

Y la razón de que haya ocurrido así, es bien sencilla. Dadas las circunstancias actuales, es mucho más fácil sustituir la enseñanza puramente libresca y retórica por la práctica en cualquier Facultad que en la de Derecho. En Literatura están los autores: en Medicina los enfermos: en Botánica las plantas..... Los objetos de estas ciencias, pueden aislarse y someterse a la observación y al



análisis. Pero en Derecho no hay más que los textos de las leyes. Y estos son cosas muertas. Y sobre cosas muertas no se puede estudiar. El Derecho no está vivo más que en la vida real. La vida jurídica no puede aislarse de la vida social. Y la vida social es muy compleja.

Por esto en la Facultad de Derecho continúa rindiéndose culto a la palabra con menoscabo del culto debido a la verdad. Y los hombres que de ellas salen, no olvidan los métodos en que han sido educados. A donde van, llevan su amor por la palabra brillante y su desdén por la verdad desnuda y sencilla.

La mayor parte de los políticos salen de la Facultad de Derecho. Lo mismo los de arriba que los de abajo. En todas partes, la dirección intelectual le es dada a la política por abogados. Por eso, toda nuestra política desde arriba hasta abajo, es una política de oradores. Unas veces, política de buenos oradores. Con más frecuencia, política de malos oradores. Siempre, política de hombres que se dejan fascinar por los relumbrones de la palabra bonita y brillante.

Las «Ordenanzas municipales» de Antequera, son un buen ejemplo del amor a la palabra y del desdén a la realidad. Están muy bien hechas, están muy bien escritas: pero ellas van por un lado y la realidad por otro.

Y las «Ordenanzas», son un botón de muestra nada más. Toda nuestra política sigue una ruta distinta a la realidad de la vida antequerana. Enunciamos principios hermosos y elocuentes. Pero nos limitamos a esto. No hay ningún político antequerano, que realice la función íntima de go-

bernar, que consiste, en adaptar a la vida, la mayor cantidad de principios ideales que permita la realidad.

Los antequeranos, como buenos españoles nos fijamos muy poco en las cosas. Y nos fijamos menos en aquellas que están más cerca de nosotros. Los españoles, miramos y rara vez vemos. Esto lo sostenía un gran maestro español y como hubiera discípulos que se lo negaran, se propuso demostrarlo. A la puerta del salón donde daba sus lecciones había un jardincillo. En el jardincillo, media docena de árboles. Los alumnos todos los días miraban a aquellos árboles. Les fué preguntando uno a uno a sus discípulos qué árboles eran aquellos. Ninguno supo contestar. Ninguno los había visto. Luego les preguntó, que si las vacas tenían las orejas delante, detrás o debajo de los cuernos. Unos pocos dijeron que delante. Los más sostuvieron unos que detrás y otros que debajo. No lograron ponerse de acuerdo. No estaban seguros. Todos lo habían mirado. Ninguno lo había visto.

Esto mismo nos pasa a los antequeranos con Antequera. Todos la hemos mirado muchas veces. Ninguno la hemos visto: ninguno ha visto ni sentido su vida real. No sabemos que clase de árboles son los que florecen en nuestro jardín. No sabemos en que lugar tiene situadas las orejas Antequera. Los antequeranos viven dentro de Antequera. Pero no la conocen. Para ellos la realidad es un secreto. Y lo más triste es que no sienten curiosidad o interés por descubrir ese secreto.

*Santiago Vidaurreta.*

## AL VUELO

# EL BANQUETE POLITICO

La política en nuestro país—y sin duda en el resto del mundo—es cosa deliciosa; algo así como una especie de deporte nacional que—según los maldicientes—además de prestigio da dinero.

El pueblo—viperino de suyo—confunde, lamentablemente por cierto, la política y la comida. Tal es la perfecta sinonimia que encuentra el vulgo entre ambas palabras, que para él, un partido político es algo a manera de amplio refectorio donde ciertos señores privilegiados se reúnen en determinadas épocas, para consumir ávidamente ricos manjares. De perfecto acuerdo con esta creencia tan generalizada, es muy común, cuando un gobierno deja el poder, escuchar frases poco más o menos del tenor de la siguiente: «Bastante han comido ya los que has-

ta hoy mandaron; ahora les toca la vez a otros. Es preciso que todos vayamos viviendo.» ¿No es en verdad lamentable esta confusión que demuestra la inconsciencia y falta de elevadas miras de una gran parte de la opinión? ¡Considerar como palabras del mismo valor ideológico, *política*, nombre de una ciencia tan elevada y compleja, y *comida*, sustantivo que indica un acto tan prosaico y elemental, aunque de tan absoluta necesidad para la conservación de la vida!

A pesar de lo ya expuesto, convengamos—y sin que esto implique ni asomo de defensa de tal absurdo—en que ciertas costumbres actuales parecen favorecer esta lamentable tergiversación; y como prueba de ello tenemos el banquete político, que viene a dar pábulo a la mur-

muración y a confirmar—aparentemente desde luego—la errónea y descabellada creencia.

Porque, vamos a ver, señores nuestros—parecen decir los tales maldicientes—¿a qué vienen esas espléndidas comidas dadas en honor de determinado prohombre, en lugar de obsequiarle con cualquier recepción literaria o artística, o simplemente social, que diera un tinte más refinado, de mayor elevación al agasajo?

Pero siguiendo el cauce trazado por la rutina y abierto por la costumbre, los individuos que integran cualquier secta política se creen en el ineludible deber, en ciertos casos, de agasajar a sus ilustres santones; para lo que se congregan alrededor de una extensa mesa, bien repleta de succulentos manjares, y presididos por el pomposo personaje,—que no es el anfitrión ni cosa que lo parezca—se atracan de lo lindo en honor de éste—aunque a costa de cada uno de los comensales al festival gastronómico, cuyos bolsillos quedan exhaustos por el enorme dispendio del costosísimo cubierto. Estos suntuosos banquetes son, pues,—para los que piensan mal de todo—el símbolo de la política venal, y hasta creen—dándole desde luego la más torcida interpretación—que, en medio de las grandes explosiones de alegría, debidas al estómago repleto y caldeado por el fuego de las abundan-

tes libaciones, se ha de levantar con gran propoheya de su elevado sitial el alto personaje, y, con majestuoso y reposado acento, va a comenzar un elocuente discurso en estos o análogos términos: «Señores: Estamos congregados en torno de esta simbólica mesa con un fin altamente pedagógico y social... venimos, pues, a tomar un intenso baño de orientación política.. —pero, amigos e ilustres correligionarios, comed; no interrumpais, mientras yo os dirijo la palabra, vuestro rápido yantar... Aquí estamos como en familia—...»

¡Cuanto engañan las apariencias y más cuando éstas han sido explotadas por la mala fé!. Si observamos el banquete político desde un punto de vista elevado, notaremos que—a pesar de su prosaica apariencia—está cimentado sin duda en un sabio aforismo del sublime Costa, que, aunque expresado por el sabio pensador en otras palabras, su espíritu queda intangible en esta frase: «Es necesario atender por igual a la inteligencia y al estómago.» Por lo que, los cultivadores del banquete político, de acuerdo con tan hermosa teoría, no sólo se atracan guapamente de buenas viandas, sino que además enriquecen su espíritu escuchando lindos discursos.

*Joaquín Vázquez.*

## ANTEQUERA POR DENTRO

# POLITICA LIBERAL

En un despacho modesto, sencillo, desnudo de todo ornato, nos recibe don Francisco Timonet. Ocupamos el sillón que nos ofrece y advertimos que apenas nos llegan los pies al suelo; sin embargo, resultaría incómodo para el jefe de los liberales que ocupa otro, medio palmo más alto que el nuestro.

—Yo soy jefe del partido liberal interinamente—son las primeras palabras de nuestro amable interlocutor.—En primer lugar reconozco la modestia de mis dotes para crearme un jefe definitivo; y además entiendo que este cargo no es compatible más que con una posición económica independiente. No me retiene en este puesto otra consideración que mi amor a las ideas liberales, democráticas, que he profesado toda mi vida. Porque yo coloco las ideas por encima de todo; si soy francamente aliadófilo no es porque Inglaterra ni Francia me inspiren más o menos simpatías sino porque creo que en esta contienda se ventila un pleito de ideas siendo las democráticas a las que supedito todo lo de-

más, motivos históricos inclusive. Así es que yo estoy aquí por servir a una idea.

—Muy bien; pero desearía que me aclarase V. algo más ese concepto de su interinidad en la jefatura.

—Verá V. Desde 1906 figuro en la política antequerana. Mi anhelo ferviente, mi tenaz propósito ha sido, es y será formar un verdadero y sólido partido liberal; pero si hay otro, cualquiera que sea, que se encuentre con más alientos que yo para llevar a cabo este propósito, o si realizado existe otra persona que pueda conducirlo bien, yo siempre estaré dispuesto a abandonar el puesto; no le tengo el menor apego y me contento con estar dentro del partido liberal en tercera, en cuarta o última fila.

—Podrá V. hacerme una ligera reseña de las vicisitudes porque ha pasado el partido desde 1906.

—Y por las que tendrá que pasar todavía. Aquí existe en contra del partido liberal una verdadera e irreductible animosidad por parte



del partido conservador, y en la lucha ha habido para nosotros dos momentos verdaderamente críticos. Fué uno cuando el Sr. Borés estimó que la aproximación al Sr. Moret era lo conveniente; entonces promoví una disidencia, o mejor dicho los disidentes fueron los demás, puesto que el partido desde su principio había aceptado las doctrinas de Canalejas y yo entendía que al lado de éste debíamos continuar. Los hechos vinieron a darme la razón, pero mientras tanto no puede V. imaginarse las amarguras que sólo y abandonado de todos, tuve que sufrir. Aquello pasó y volvió la normalidad con la reorganización del partido mediante la fusión de todos sus elementos. Otro momento crítico ha sido recientemente, cuando me dí cuenta de que la inteligencia iniciada entre el partido liberal y el conservador durante la última etapa de éste en el poder amenazaba convertirse en una ingerencia inadmisibile de los adversarios en nuestros asuntos de regimen interior. Y ha sido éste último caso uno de los que más honda pena me ha producido; para mí ha sido profundamente sensible tener que colocarme enfrente de hondas y sinceras afecciones de la amistad, pero ví que peligraba la existencia del partido liberal autónomo y hube de aceptar una amargura más antes que ceder a lo que consideraba un peligro gravísimo para nosotros.

—Me interesaría conocer su criterio en cuanto a la orientación del partido en cuestiones de administración.

—Yo tengo que atender principalmente a su aspecto político. En el orden administrativo mi criterio, en cuestión de impuestos, es que debe pagar más el que más tenga; pero no sabe usted con las dificultades que hay que luchar desde que se suprimieron los consumos que, era a mi juicio, impuesto más equitativo. Los moldes de la ley son muy estrechos y hay que atemperarse a lo que la ley manda. Yo creo que debe hacerse un estudio especial en esta materia tan compleja de impuestos directos e indirectos para ver de conseguir lo más equitativo dentro del menor rozamiento a los intereses existentes que, claro es, se defienden en cuanto se trata de aumento en la tributación. Dentro de esto hemos hecho lo posible porque el último reparto se ajuste a la equidad, entregándolo a una junta de contribuyentes que fué la que estableció las bases de tributación y los tipos del impuesto. Pero de momento tenemos que dedicar todo nuestro esfuerzo a defendernos. El partido conservador se caracteriza por una especial tendencia absorbente; quieren ser los sucesores de Romero Robledo, sin tener las cualidades ni la valía de aquel gran tribuno. Yo sólo pretendo que al partido liberal se le conceda beligerancia

y respeto, que es lo menos que se puede pedir, y esto se nos niega sistemáticamente. De esto hay una prueba en la campaña sobre el asunto de las láminas. Y en esta cuestión no se yo que es lo que pretenden los conservadores, porque he aquí el asunto: existe un caudal particular de beneficencia cuyos intereses liquidados ascienden a unas trescientas mil pesetas; en vista del estado verdaderamente ruinoso del hospital de San Juan de Dios—porque realmente se encuentra en situación de inminente peligro; vaya V. allí y vea aquel patio cuyas columnas torcidas amenazan una catástrofe; y el día que esta ocurra veremos quien ha de ser el responsable de ella—se gestionó que se hicieran las obras necesarias con cargo a esas trescientas mil pesetas; pero nos mostraron la R. O. de Bugallal ordenando que las deudas que el Estado tenga con los Ayuntamientos se compensen con las que estos tienen con aquel y se nos cerró el paso. Mas es el caso—y esta teoría la sostuve yo ante el Director de la Deuda—que ese capital cuyos intereses se han reconocido, no es un capital del Ayuntamiento sino un capital de beneficencia del que el Ayuntamiento no es más que administrador. ¿Y como ha de hacerse esa compensación con bienes de la Beneficencia que no es deudora del Estado? Esto hizo mella en el ánimo del Director de la Deuda y se buscó una fórmula para poder atender a la obra del hospital y fué que el Estado directamente hiciera dicha obra, asesorado por personal suyo, y con cargo al capital de Beneficencia. Vea V. cuan injusta, pues, ha sido esa campaña de desconfianza que ha dado a entender que ese dinero iba a venir aquí y que aquí se malgastaría. Pero ha producido su efecto y esa partida ha tenido que desaparecer del presupuesto. Nosotros lavamos nuestras manos y ya veremos si ocurre una catástrofe quienes son los responsables de ella. Porque yo, hasta por egoísmo he pensado, ¿qué se diría si este edificio se viniera abajo durante el mando de los liberales?

—¿Y de planes para lo sucesivo, que me dice usted?

—Si nosotros llegamos a hacer las elecciones y creo que sí las haremos, pues en las circunstancias actuales se impone la continuación de los liberales en el poder—he de procurar que vayan al Ayuntamiento elementos completamente neutros, personas de notoria aptitud para el caso, de las que no hayan intervenido en política. Esta es por otra parte norma de este partido. V. sabrá que la dirección del partido liberal, le ha sido ofrecida a personas respetabilísimas—D. Agustín Blazquez y D. Francisco de la Cámara—cuyas ideas no hemos tenido en cuenta al hacer el ofrecimiento, sino el

hecho de tratarse de personas de reconocida *bonhomie*, de cuya acertada y desinteresada gestión nadie tiene derecho a dudar. Esto en lo local; para la diputación a Cortes habrá que atenerse a lo que las circunstancias exijan; no creo que liberales ni conservadores deban apoyar candidatos de filiación contraria al partido que esté en el poder, al menos mientras no se destierren los procedimientos de violencia que aquí suelen emplearse. Y no crea V. que trato de decir que el partido liberal no haya cometido algunos excesos—que yo execro—pero hay que reconocer que nadie puede impedir que hombres que han sido perseguidos y vejados sañadamente den rienda suelta al rencor que con los atropellos de que han sido víctimas se ha creado en sus almas. A mí personalmente me cabe la satisfacción de decir que he sabido perdonar muchos, muchísimos agravios personales.

—Y de la actuación del Sr. Armiñan en la política antequerana ¿qué me dice V.?

—Que Armiñan siente un verdadero deseo de hacer mucho por Antequera. Lo del arreglo de Sta. María puede darse por cierto; ya no es más que cuestión de trámite. Lo de la guarnición estoy casi seguro de que consigue que vengan aquí dos compañías que es lo que actualmente puede alojarse en el cuartel. La estación telegráfica permanente está concedida; no se ha implantado de hecho por falta de personal. Y yo digo; para estas cuestiones de vital interés para Antequera ¿por qué no se mueven los elementos de alta posición como se han movido, por ejemplo, para el asunto del catástrofe? ¿Porqué no vá a Madrid una comisión que interese lo de la guarnición, lo del servicio telegráfico, lo de Santa María y lo de la Escuela de Artes y Oficios? El partido liberal hará en esto lo que pueda y si sigue en el poder algún tiempo más, creo que hemos de conseguirlo.

—¿Es muy numeroso el partido liberal?

—Si hiciéramos un recuento, resultaría que estábamos empatados, si no dominábamos en número al partido conservador. Sucede, y V. habrá observado ya que todos se quejan de ello, que aquí la educación política está en estado embrionario. Hay muchos neutros que lo son sólo por miedo a que se les llame políticos porque creen que esto les ha de acarrear sinsabores y acaso perjuicios económicos; y esta es la gran tarea que tiene que llevar a buen fin el partido liberal: hacer que desaparezca ese miedo, ese temor a la política, y cuando esto lo consiga, que no es cuestión de un día, ya se verá si el partido liberal es fuerte o no lo es. Hoy pueden, acaso, decir los conservadores que cuentan con los elementos pudientes que son los que verdaderamente valen, pero nosotros conta-

mos con el pueblo. Si fuera posible hacer una selección secreta de liberales y conservadores, estoy seguro de que la ventaja estaría de nuestra parte. Y yendo más allá aún, le diré que mi opinión particular es que si desapareciéramos o abandonáramos la política el Sr. García Berdoy y yo, habrían de transformarse mucho ambos partidos. Se ha esgrimido contra nosotros un arma, la de alguna gestión liberal que dejó algunos pagos pendientes; pues ahora podemos decir muy alto que la actual situación liberal se ha caracterizado por una exquisita escrupulosidad administrativa; podrá tachársela, a lo sumo de falta de inteligencia, pero en cuanto a regularidad en las atenciones municipales, esta ha sido en 1916 como la mejor que haya habido en Antequera. Podrá también decirse que ha habido algún aumento de gastos, pero son gastos necesarios y además hay que atender también al aspecto político del partido y no permitir que los conservadores hagan de todo campaña en su provecho. ¿Y es que en la antes aludida gestión el Alcalde entonces tuvo tiempo más que de parar los golpes mortales asestados por los contrarios? De aquí nace mi tendencia de que en la administración no intervengan más que elementos neutros porque a los efectos políticos basta con que el Alcalde sea del partido gobernante.

—V. perdone, pero yo creo que eso de la neutralidad absoluta es un mito; todos en el fondo, somos políticos y como tales hemos de proceder y nuestros actos, por consiguiente, habrían de ostentar una determinada tendencia.

—Si, pero como los neutros son los que no han hecho ostensibles esas tendencias y como en cuestiones administrativas yo creo que no influye nada el que un hombre sea liberal ni conservador para que el resultado de la gestión sea bueno, si él es recto en sus juicios, no habría peligro ni para unos ni para otros. Aquí podría citarle una porción de nombres respetables, unos señalados como liberales, otros calificados de conservadores, y creo firmemente que ni el partido liberal ni el conservador tendrían el menor inconveniente en entregar a esos señores la administración de los intereses públicos antequeranos, en la seguridad de que habrían de llevarla de manera admirable. Y vuelvo a insistir en que lo que en Antequera hace falta es hacer perder el miedo a la política y que venga a ella, a un partido o a otro, según sus inclinaciones, esa gran masa neutra que nos está haciendo mucha falta para que la política entre por otros caminos. Y no crea V. que sería el partido liberal el perjudicado porque en España se está iniciando un gran cambio general hacia la política liberal como lo demuestra la es-



caliente acogida que han tenido en todo el país los proyectos económicos del Sr. Alba.

—¿Puede V. decirme algo acerca del famoso pacto? Se ha hablado mucho de él pero como no se ha hecho público su contenido no sabemos a que atenernos acerca de esto.

Ahora mismo va V. a leerlo.

El Sr. Timonet saca de una cartera y nos entrega una hoja de papel donde leemos:

1.<sup>a</sup> y 2.<sup>a</sup> Tenencias de alcaldía de Antequera  
Alcaldía de Mollina.

Alcaldía de Fuente de Piedra.

Mayoría y alcaldía de Humilladero.

Una cláusula sobre sumarios políticos.

Otra sobre determinado acuerdo acerca de asuntos de beneficencia que fueron objeto de un litigio.

Otra de creación de ciertas plazas a favor de determinadas personas.

Y otra confiando la reciprosidad a los señores Bergamín y Armiñán.

—¿Y este pacto ha sido cumplido?

—Cumplido e incumplido. Todas las facilidades que encontré en Madrid para convenirlo se trocaron en dificultades en Antequera. Parece que los conservadores antequeranos son aquí de una manera de pensar distinta de cuando están fuera. Convinimos en que la ejecución de estos acuerdos fuera rapidísima y al llegar a ella todo fue regateos y resistencias hasta que hubo

que adoptar algún procedimiento serio para lograr lo que hemos logrado, que no ha sido todo lo convenido, a pesar de no haber pedido más que el estricto cumplimiento de la letra del pacto, dejando el espíritu del mismo, sobre el cual caben apreciaciones en ciertos puntos. Y vea V., lo que en algunos pueblos nos ha sido casi negado, por los adversarios de aquí, se nos ha facilitado por aquellos vecinos llegando a un acuerdo entre ellos mismos.

Algo más hablamos sobre otros asuntos de escaso interés para los lectores. El Sr. Timonet nos repite una vez más que sólo aspira a formar un partido liberal fuerte y extenso, y a que se le reconozca por los conservadores como fuerza política respetable, concediéndole respeto y beligerancia. No quiere en modo alguno aceptar que el partido liberal sea apenas tenido en cuenta y para conseguirlo llegará hasta donde sea necesario.

Hacemos, pues, punto final en esta información que hemos reflejado lo más exactamente que nos ha sido posible.

El reporter abandona el sillón desde el cual apenas podía tocar el suelo con los pies; el señor Timonet también se levanta y desde su altura de un metro noventa y cinco nos tiende sus manos que estrechamos, dándole las gracias por la cordial acogida que nos ha dispensado.

*Agemor.*

## G A C E T I L L A S

### El Sindicato Agrícola

Esta importante entidad ha establecido su domicilio social en la calle de Estepa, 100.

Cuando escribimos estas líneas (día 10 de Febrero) aún no se ha inaugurado la Casa Sindical, a cuya apertura hemos sido atentamente invitados.

Por las referencias que tenemos podemos inferir que en el presente caso, afortunadamente, no se trata de uno de tantos proyectos frustrados como en Antequera han sido, sino que se trata de un movimiento de opinión intenso y extenso que ha de dar saludables frutos. Ya se han visto algunos en la reclamación sobre clasificaciones catastrales de lo que, como de todo cuanto a este despertar de la actividad antequerana que el Sindicato representa, nos hemos de ocupar con el detenimiento que merece.

necesariamente que nos hagamos solidarios de su contenido, pues nos proponemos admitir, cuando lo juzguemos necesario, trabajos que pugnen con el criterio de la Redacción.

### Los amigos de los libros

Puede decirse que se trata de asunto casi privativo, al menos en sus comienzos, de esta redacción, aunque con miras al beneficio general, y no queremos hablar de la biblioteca pública y circulante en proyecto sino con referencia a hechos.

Pero es necesario que el público sepa que los amigos de los libros se mueven y que están gestionando el libramiento por la alcaldía de la cantidad correspondiente al mes de Enero para hacer el primer pedido de obras que ha de ser base indispensable de la constitución legal y definitiva de esta sociedad cultural.

La publicación de artículos firmados, de los cuales responden siempre sus autores, no implica



### Nuevo jefe

Hemos recibido el siguiente atento B. L. M

El Comandante Militar y Jefe de la Caja de Reclutas núm. 37 B. L. M. al Sr. Director de ANTIARIA y le participa haberse hecho cargo del mando de esta caja de Reclutas y Comandancia Militar ofreciéndose incondicionalmente para todo aquello que al servicio se refiera.

Don Manuel Arroyo Fernandez aprovecha gustoso esta ocasión para reiterar a V. el testimonio de su consideración más distinguida.

Antequera 3 Febrero 1917

Agradecemos mucho la atención del Sr. Comandante Militar, deseando que su estancia en Antequera le sea grata; y le ofrecemos al par que nuestro saludo las columnas de esta Revista para cuanto con relación a su cargo desee utilizarlas.

¿No hablan los vecinos?

# ¿Leyó V. el 2.º número de **MANOLITO?**

Pues no deje de leer  
el 3.º que viene bueno.



FÁBRICA DE TODA CLASE DE SELLOS

de

**Caoutchouc y metal**

PLACAS ESMALTADAS

- **Josè Rojas Gironella** -  
**ANTEQUERA**

“**LA ESTRELLA**”

Imprenta, Librería, Papelería y Objetos de escritorio

de

**BALDOMERO GIMÉNEZ LUQUE**

**D. Gonzalo, 17. :: PUENTE-GENIL**

Periódicos, Libros, Memorias, Memorandums, Cartas, Sobres  
y todo lo relacionado con el arte tipográfico.